

cherándose tras el sofisma y la hipocrésia; y cuando esto no ha bastado para hacer prevalecer su altiva y depravada opinion, han apoyado su audacia con la tea y la espada. Regularmente no se contentaban con la propagacion de su ideal, digno de anatema, sino que muchas veces procuraban robustecerse con los dislates de sus criminales antecesores, en el camino de la maldad, con objeto de recoger mas aplausos y conquistar mas simpatias.

A principios del siglo XIII, Enrique, monje francés, alzó la bandera de rebelion religiosa; y con su asqueroso cinismo reunió á un sin número de sectarios que tomaron el nombre de Albigenses. El Santo Sacrificio de la Misa, el Sacramento del Bautismo, y las ceremonias religiosas en sufragio de los difuntos, fueron escarnecidos y ridiculizados con pedanteria infernal. Sus adeptos, que no fueron pocos, tomaron por centro de sus conciliábulos, y por cátedra de diabólica enseñanza, la ciudad de Albi en Francia, por ser el domicilio de los principales corifeos del Maniqueismo. Condenados por dos Concilios generales, Lateranense III y IV, no se dieron por vencidos; y obstinados en negar el valor y eficacia de los Sacramentos, instituidos por el mismo Jesucristo, cuya santidad despreciaban y cuya autoridad suprema negaban, acompañaron su recrudescimiento con blasfemias inauditas.

El conde de Tolosa fué fautor ciego y artificioso de esta odiosa secta: colmaba de caricias á los partidarios del apóstata monje; se arrodillaba á su presencia, los llamaba hermanos y señores, y asistia á sus tenebrosas reuniones. Cuando le advertian que